



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 16

Las masas y la democracia

En su libro *Los Grandes Problemas de México*, Bulnes niega, bajo una crítica corrosiva y plena en calificativos, la democracia en México, poniendo en entredicho la existencia del “alma popular” en una sociedad donde el salvajismo, la barbarie y las costumbres civilizadas crean un antagonismo irreconciliable; cita a Ignacio Manuel Altamirano en “su mejor discurso de 1861”, y agrega a continuación que “no poseemos material democrático” y que más de un siglo los gobernantes han sido amarrados —como los perros en la edad de oro— con longaniza.

Las masas y la democracia*

En México, todas las personas que sobresalen intelectualmente de los paquidermos, no creen en la posibilidad de la democracia mexicana. La consolidación de las instituciones democráticas en nuestro pueblo, es empresa de consolidar en el organismo de un perico el organismo de un elefante. La democracia es el gobierno por el sufragio popular, lo que sólo es posible cuando existe alma popular liberal. El alma popular no es simple, está constituida por creencias, sentimientos, pasiones, históricas y comunes a todos o a casi todos los habitantes de una nación. Hay alma popular tradicional que para existir, exige fanatismo, exige fe ardiente, exige miseria intelectual, exige que la razón que apenas es gemido sea esclava de la fe que es huracán. El alma popular tradicional no ordena, obedece absolutamente a los poderes facultados para legislar y decidir en asuntos de fe absorbente de toda la vida superorgánica de la sociedad.

Son elementos del alma tradicional popular, en todos los pueblos: uniformidad de religión, uniformidad de raza, uniformidad de costumbres, uniformidad histórica, uniformidad de lenguaje, uniformidad de supersticiones, uniformidad de creencia en la desigualdad de los hombres, uniformidad en la creencia de que la minoría exquisita nace para mandar y el vil peladaje para callar y obedecer.

¿Hay alma tradicional popular en México? No hay uniformidad de religión porque la clase campesina es idólatra adorando diferentes ídolos en las imágenes católicas o bien, es irreligiosa de tipo bestial. No hay uniformidad de raza, porque la indígena es un mosaico de razas americanas y asiáticas de distinto origen y civilización; no hay uniformidad de costumbres porque en una parte de la población son salvajes, en otras bárbaras, en otras civilizadas y en otras destrozados causados por principios revolucionarios no asimilables; no hay uniformidad de lenguaje porque son numerosas las lenguas que hablan nuestras tribus de labriegos. No hay uniformidad de supersticiones porque son distintas las de los indios a las de los mestizos y criollos; había uniformidad en la sana creencia de la desigualdad de los hombres ante la Naturaleza, y por consiguiente, en las funciones sociales que las ideas jacobinas han destruido y había uniformidad, en la sana creencia de que unos nacen para mandar y otros para obedecer. En todos los tiempos, los “avisados”, o sean los aptos según el medio, han nacido para mandar y los populachos para obedecer, porque cuentan exclusivamente con la abyección como elemento superorgánico. Es evidente, que como un pueblo moralmente destrozado y notable por su mise-

* Aparecido originalmente como: “La democracia mexicana y los perros que se amarraban con longaniza”; *Los grandes problemas de México*, 1926, pp. 106-111.

ria intelectual no es posible que retroceda al único régimen que le convenía: la sugestión, la fe en los grandes y la persuasión por el castigo inusitado y trascendente.

Correspondía a un pueblo de raza superior, como el helénico descubrir el alma intelectual, con el poder de colocarse sobre el alma de las multitudes por inmensas que sean, de dudar de todo lo que existe, de examinarlo y de hacer de cada hombre un soberano con el derecho de pensar con su cabeza y obrar con su voluntad libre para hacer lo que su real gana apeteciera. No era posible una sociedad con hombres todos autócratas y para que el alma individual sea socializable, es preciso que todo hombre sea completamente libre para todo lo que convenga a sus intereses personales, con la condición del respeto al derecho ajeno. Esto quiere decir que, para que se constituya una sociedad cuyos miembros posean alma intelectual, es indispensable que todos se sometan a la condición de la libertad: facultad de hacer todo, menos desconocer el derecho ajeno.

Una democracia no basada en el respeto a los Derechos del Hombre tendría por mayoría o totalidad un tirano, multitud completamente irresponsable que no podría suprimirse por el regicidio o la revolución, ¿pero es posible la existencia de un tirano multitud? No, porque el tirano para vivir necesita de los Derechos del Hombre, y siendo multitud, sería preciso que los individuos que componen la multitud disfrutaran de los Derechos del Hombre. Aun cuando un individuo pudiera absorber todos los derechos de los demás: “todos” no pueden disfrutar de derechos y al mismo tiempo negarlos a “todos”. En el terreno de lo posible se encuentra, que o todos tienen derechos o sólo los disfruta una minoría privilegiada, porque las mayorías no pueden privilegiarse a costa de las minorías; un blanco puede vivir como rey a costillas del trabajo robado de dos mil negros, los que no pueden vivir ni como ratas, robando el trabajo obrero de un blanco. La Historia enseña, que las minorías durante siglos han vivido y siguen viviendo espléndidamente explotando a las mayorías, en nombre de las ideas antiguas o en nombre de las ideas modernas o en nombre de los principios de la tradición o en nombre de los principios de la revolución, en nombre de Dios o del pueblo soberano, en nombre de la Libertad o del comunismo.

Los “aptos” para gozar de la vida a toda máquina de privilegios, disponen de un recurso infalible que parece inagotable; la credulidad de las masas, marmita de sus fanatismos. El ideal de todo hombre es vivir sin soportar el grillete del trabajo diario obligatorio, bajo pena de morir de hambre. Los clásicos explicaban bastante bien los males que agobian al hombre sin una peseta y los muy duros que lo afligen para proporcionarse la peseta. La Naturaleza ha formado a la mayoría de los hombres para asnos de las minorías que saben explotar lo que los filósofos modernos llaman “betise humaine” y mientras exista en las masas ese inmejorable elemento de dominio a disposición de los aptos, los sufrimientos de las clases trabajadoras continuarán irremediables.

Las masas oponen resistencia a la lógica racional en relación con el valor social de una raza y su grado de civilización; se las maneja con la lógica afectiva en lo que tiene de más opuesta a la lógica racional. Se las maneja con el látigo del terror, el cucharón rebosante de miel del halago y con la voluptuosidad salvaje de la venganza. La Edad Media inventó el miedo al Diablo, después apareció el miedo a los jesuitas; lo moderno, es el terror por el capitalismo. El odio al burgués ha substituído a todos los viejos odios; el odio al sarraceno, al turco, al hereje, al judío, al aristócrata. El comunismo ha ofrecido proveer la mesa de todos los pobres y como en Rusia, ha cumplido llenando los platos con catorce millones de cadáveres rusos proporcionados por el hambre nacional. En México, la revolución magistral, la que comenzó en 1910 y todavía dura, ha dispuesto que el pueblo pague "dos mil millones de pesos al extranjero", y treinta millones a las comisiones agrarias, en cambio, de un millón de hectáreas de tierras áridas o casi agotadas impropias para la agricultura, resultando, que por medio de la "betise humaine", el pueblo mexicano haya pagado la hectárea de tierra que lo matará de hambre "a razón de dos mil pesos". Es imposible dudar que hay razas humanas nacidas para que les tengan lástima las que no cometen errores que hacen dudar de la especie a que pertenecen.

En estos momentos suena en toda la prensa capitalina la "partitura electoral" magistralmente ejecutada por la orquesta en que figuran los más célebres profesores políticos. En interesantes editoriales, se pide al general Obregón que haga nacer la Democracia absteniéndose de intervenir en las próximas elecciones presidenciales; sólo la democracia, dicen los eminentes profesores, puede salvarnos de otra revolución; sólo la Democracia puede levantarnos del petate mugroso en que nos ha acostado la política de las facciones; sólo la Democracia siguen diciendo los egregios profesores, puede librarnos de los estrujones del militarismo y de las infecciones de una atmósfera de cuartel. Si en cien años de lucha por la Democracia, no hemos podido obtener más que fracasos, ha sido porque ningún gobierno ha querido respetar el voto público, todos han deyectado sobre la soberanía del pueblo; depende del general Obregón sacudirse de compromisos, saturarse de patriotismo, y evocar las sombras de nuestros mártires que han perecido sonriendo porque nos legaban deliciosas instituciones democráticas.

Hago observar a los egregios profesores, que no es función de los gobiernos en el Planeta Terrestre, organizar democracias, sino deshacerlas o impedir a todo trance que se formen. Veo, que los patriotas profesores, no saben lo que es un gobierno: en todos los países y en todas las épocas, así como es condición de los peces vivir en el agua y de los planetas girar alrededor del Sol, es condición característica de todo poder religioso, político, financiero, militar, perseguir con encarnizamiento la omnipotencia. No hay gobiernos leales amigos de la democracia en que encuentren que les es posible y aún fácil absorberla con la neumática de su ambición. Los gobiernos personales deliran por la autocracia, aún cuando su personal haya recibido educación democrática. En

ningún libro se lee, que la democracia es don con que el gobierno obsequie a los pueblos como con un jaripeo o una comilona de bueyes en barbacoa. La Democracia efectiva es acción efectiva de la soberanía del pueblo y el soberano no puede arrodillarse ante el súbdito implorando salud y libertad para gobernarse. La Democracia la hace el pueblo, no cualquier pueblo, sino los pueblos que tienen dotes para mandar y hacerse obedecer al instante que dictan una orden.

Nuestros demócratas de otros tiempos hablaban de otro modo. En su mejor discurso de 1861, don Ignacio Manuel Altamirano decía: “Las urnas electorales deben estar siempre listas para recibir hasta la última gota de sangre del gobernante que se atreva a tocarlas”. Don Manuel María de Zamacona, escribió en “El Mensajero” “las instituciones de los pueblos libres, son jaulas estrechas construidas con fuertes barras de acero para que, encerrando en ellas al Presidente de la República, sólo pueda moverse dentro de sus facultades constitucionales y si logra siquiera romper una barra, el pueblo con los fragmentos debe destrozarle el cráneo”. Desde hace más de cien años, no hemos podido construir una sola jaula de acero. No poseemos material democrático en nuestra población y pretendemos que faltándonos energía cívica, el gobierno se enjaule a sí mismo gastando todo su sueldo en barras de acero. En más de cien años, no hemos hecho más que amarrar a nuestros gobernantes con longaniza, como se amarraba a los perros en la edad de oro.